

Promoción del laicado

por

JEAN OUSSET

VERBO, con el presente estudio de Jean Ousset, comienza la publicación de algunas de las comunicaciones presentadas en el Congreso de Lausanne II, sobre el tema general "Los seglares en la Ciudad". D. m., en el número próximo publicaremos, después de un resumen del Congreso analizado por Michel Creuzet, la comunicación de Blas Piñar, "La libertad religiosa", y en números sucesivos las de Amédée d'Andigné "Lo espiritual y lo temporal" y de Henri Rambaud "Los derechos y los deberes temporales del seglar según el Concilio".

PROMOCION DEL LAICADO

Queridos amigos:

Puesto que al término de nuestros Congresos me pertenece, por lo visto, pronunciar el resumen de clausura, ... no pienso ... alejarme de la verdad tomando como argumento recapitulativo el hecho de que en estas jornadas un gran número de malentendidos han desaparecido sobre esta "promoción del laicado" de la que tanto se habla ...

Adultos en la Iglesia desde siempre.

¿Promoción a qué?

¿Promoción a causa de qué?

Bien pocos lo saben.

¡Para complacer, basta con que se cite la fórmula nueva y particular a nuestro tiempo!

Lo cual no aclara nada pero deja, al menos, adivinar que esta promoción no debe ser confundida con la participación de los laicos en el Apostolado jerárquico (denominada: "Acción Católica"), ya que esta participación no tiene, en cuanto a lo esencial, nada de nuevo.

"Como ya ha sido elogiada en los Sagrados Libros —ha escrito Pío XI— (lo que nosotros llamamos) la Acción Católica, ha sido, en efecto, recomendada desde los principios del cristianismo y en todas las épocas se distinguió por la propagación de la FE ... (1). En su epístola a los Filipenses, San Pablo hace mención de sus «colaboradores» y de su deseo de que fuesen ayudados «aquellos que han luchado por el Evangelio» con él" (2).

Esto es, pues, una promoción, si promoción cabe decir, que no tiene nada nuevo y, en cuanto al fondo, nada particular de nuestro tiempo.

Se podría aún decir que, en esta participación de los segla-

(1) Carta: "Observantissimas litteras", 14 de febrero de 1934.

(2) Carta: "Quoc Nobis haud ita", 13 de noviembre de 128.

res en los trabajos del apostolado estrictamente entendido, las realizaciones corresponden más al pasado que al presente.

Entre el seglar y el sacerdote, la jerarquía de las sagradas órdenes no era una etapa salvada, en dos o tres veces, por los únicos llamados al sacerdocio. Numerosos eran aquellos que ocupaban estos diferentes grados, asegurando así un lazo de unión mucho más estrecho, mucho más práctico entre lo que nosotros tendemos a dialectizar en exceso: el clero y el laicado.

¿Qué promoción hubiera deseado un Francisco de Asís, puesto que su estado secular no le impidió fundar los "Hermanos Menores"?

Y San Ignacio ¿se tomó acaso la molestia de esperar a ser sacerdote para redactar y "dar" sus Ejercicios Espirituales? ¿Se tomó acaso la molestia de esperar a ser sacerdote para poner en Montmartre, con sus primeros compañeros, los cimientos de la Compañía de Jesús?

¿Ciertó! ... como promoción del laicado femenino ofrece nuestra época un más bello ejemplo que el de aquella simple mujer de Argentina: María Antonia de la Paz que, en el siglo XVIII, y durante cuarenta años, predicó los Ejercicios. Y lo predicaba tan bien, que el Obispo de Mendoza pasó a exigir de todos sus ordenados que hubieran hecho antes prácticas con ella.

Se comprende que a partir de ahí, en su discurso del primer congreso del Apostolado Seglar (3), Pío XII hubiera encontrado, no menos que "desagradable" la expresión: "emancipación de los seglares". Expresión ésta que en todo rigor podía denunciar como "históricamente inexacta".

La prueba es que en este dominio del apostolado estrictamente entendido, la promoción del laicado ha sido realizada desde siempre. Y que no podía decirse de ella: que es nueva y propia a nuestro tiempo.

¿Qué es, pues?

Promoción... en las primeras líneas.

Una vez más, Pío XII nos va a alumbrar en esta búsqueda.

"Hoy en día, escribe, la responsabilidad de los hombres católicos parece más grande y más urgente en vista de la organización más aventajada de la sociedad y del papel que cada uno está llamado a desempeñar dentro de ella (...). A nuestro alre-

(3) 14 de octubre de 1951.

dedor, las fuerzas del mal están potentemente organizadas, trabajan sin tregua" (4).

"Bajo este aspecto, los fieles, y más precisamente los seglares, se encuentran en las primeras líneas de la vida de la Iglesia ..." (5).

"EN LAS PRIMERAS LINEAS"!!!!

Fórmula decisiva y que designa bien, esta vez, el nuevo carácter de esta promoción del laicado, particular a nuestra época.

Promoción no honorífica.

Pero promoción conforme a lo que es, a lo que debe ser toda verdadera promoción según el Evangelio. Una promoción a base de pruebas. Una promoción a base de lucha. Una promoción que es un bautismo. ¡Un bautismo de fuego! (diremos para permanecer dentro de la lógica de Pío XII).

Y bautismo de fuego para un número incalculable de nuestros hermanos ...

... de Méjico (no hace mucho).

... de España (hace treinta años).

y (aún hoy) para aquellos de nuestros hermanos que están tras el telón de acero y el de bambú.

... para nuestros hermanos de Cuba ... un verdadero bautismo de fuego y sangre.

¡Bautismo! ... Promoción ... "en las primeras líneas".

Promoción que esta vez, lo vamos a ver, respeta tan bien el orden de siempre que hace frente a las exigencias de hoy. Nuevo, por lo tanto, bajo este aspecto. Pero sin que sea modificada la jerarquía entre clérigos y seglares.

Porque el soldado puede pasar del "farniente" del cuartel al fuego de las primeras líneas sin dejar de ser un simple soldado. Queda a la vista de los intereses de la nación, que es evidente que la promoción del simple soldado, empleado en recoger las hojas en el patio del cuartel hace un "poilu" de Verdun. Y esto aunque la graduación (digamos mejor la falta de graduación) sea la misma.

¡Nada de promoción a mayor graduación, por consiguiente!

(4) "Mensaje a los hombres de A. C. de Portugal" (10-12-50).

(5) "Discurso a los nuevos cardenales" (20-2-46).

Nada de promoción que hiciera del seglar el igual del clérigo, aboliendo así el deber de subordinación (relativa) del primero respecto al segundo.

Pero promoción en el orden de un servicio más importante. Promoción en el orden de una lucha más urgente.

Promoción que, del humilde criado de ayer, puede hacer el salvador de hoy; porque sucede que, en el dispositivo de los conflictos actuales, el modesto lugar de este criado es uno de sus puntos fuertes de donde puede surgir el ataque victorioso.

Promoción que, a través de la historia de los siglos cristianos, constituye lo que algunos llamarían: el minuto de verdad del laicado. Porque es el minuto de su combate específico...

Democratización y pragmatismo.

- Promoción que al parecer proviene de un fenómeno doble:
- por un lado: una democratización de la sociedad que, en derecho y de hecho, atribuye al conjunto del laicado una misión y una responsabilidad temporales que no poseía, al menos en este grado, en los tiempos de las antiguas monarquías,
- por otro lado: el triunfo generalizado (incluso entre los católicos) —y aun entre el mismo clero— de un pragmatismo tal que, este pragmatismo, ha llegado a apartar prácticamente a esta generación de todo lo que es dogmático, doctrinal.

Doble fenómeno de democratización y de pragmatismo, cuyos efectos convergentes tienden a hacer del seglar el hombre eficaz de los combates actuales.

Que nos regocijemos o que los deploramos importa poco; pero es que el ciudadano de nuestras democracias modernas, mucho más que el súbdito de los reyes de antaño, no puede desinteresarse, sin graves daños, de las cosas de la ciudad.

Y este deber que le atañe, de presencia, de vigilancia, de salvaguardia, de acción, es tanto más imperioso que (por el hecho del pragmatismo en cuestión) el ataque actual no busca ya tan directamente, como antes, destruir el mismo Dogma (por el enunciado de proporciones contrarias), sino constituir una esfera tal que consiga que la vida cristiana sea progresivamente destruida o miserablemente envilecida.

Lo cual permitiría considerar que ... (renunciando a combatir a la Iglesia atacándola explícitamente en un Dogma, cuyos asaltos diabólicos no han conseguido resquebrajar desde hace veinte siglos) ... el Infierno ha cambiado de táctica.

No encontrando el medio de capturar el pescado no le queda más salida que la de envenenar el agua del río.

Pues existe una forma de ateísmo más radical, más completa que el enunciado de las peores tesis antideístas ... y es la realización de una sociedad en la que el clima, el tren de vida de las gentes, el orden de las cosas, sean tales que no se les preocupe a los ateos negar la existencia de Dios, combatir la religión.

Ya que en esta sociedad Dios ha llegado a ser el gran olvidado, el gran ausente, aquel cuyo solo pensamiento no importuna ya a nadie. Aquel, que (al contrario de su definición clásica de "Ser universalmente necesario") está considerado en todas partes como simple objeto de libre opción, casi inútil, superfluo.

Lo cual nos permite comprender mejor que el seglar, hoy en día, esté, en cierto sentido más que el clérigo, "en las primeras líneas" del combate de la cristiandad.

Porque hoy en día, la herejía representa menos lo que se dice que lo que se profesa, menos lo que se dogmatiza que lo que se hace, lo que se practica, lo que se vive.

La herejía ya no es tan dogmática, ya no es tan doctoral. Es pragmática.

Es social.

Se esconde bajo cierta orientación de la vida única, política, y se confunde con ella.

Realización de lo que preconizaban los jefes de la Alta Venta Italiana en el pasado siglo: "Ya no hay que luchar contra la Iglesia con palabras, sería propagarla. Hay que matarla con hechos".

Y Lenin por su parte: "La propaganda del ateísmo puede ser útil o dañina, no ya desde el punto de vista banal; para no intimidar (...), sino desde el punto de vista del progreso real de la lucha de clases, que (...) atraerá cien veces mejor a los obreros cristianos al comunismo y al ateísmo que un sermón ateo simplemente" (6).

De ahí esta observación del Cardenal Salège: "Es por la acción, mucho más que por razonamientos, por lo que se hace del cristiano un comunista ateo".

Y es a causa de este carácter práctico, de este carácter más específicamente social de la acción antirreligiosa, que la defensa de la vida cristiana depende menos, en adelante, de la refu-

(6) "Partido obrero y religión", en *Pages Choises*: t, II, página 315".

tación magistral del clérigo^o que del combate social y político del seglar.

Lo que justifica plenamente la expresión de "líneas avanzadas" empleada por Pío XII.

Expresión que no indica una subversión de la jerarquía que situaría al seglar por encima del clérigo. Sino expresión que señala un cambio de frente, una orientación diferente del ataque enemigo. En adelante, el sector ocupado por el laicado es el objetivo número uno del adversario.

Antiguamente, al contrario, la lucha era más bien doctrinal, más explícitamente filosófica, teológica. A este título era normal que fueran movilizados primero, que fueran movilizados sobre todo, que fueran movilizados "en primerísima línea", aquellos a los que incumbe especialmente la guardia de lo espiritual, digámoslo mejor, los clérigos.

De ahí la preeminencia de estos últimos en tal lucha. Preeminencia no solamente jerárquica, sino táctica, podríamos decir. Ya sea en el lanzamiento de las herejías (de cuya elaboración fueron los clérigos los únicos capaces). Ya sea en el aplastamiento de estas mismas herejías (a las cuales fueron los clérigos, durante ese mismo tiempo, casi los únicos capaces de rechazar y combatir victoriosamente).

Pero eso ya no sucede de tal modo hoy en día.

Porque nuestra generación ha perdido el sentido y el gusto a la doctrina, porque está obcecada por el poderío temporal, el momento (al menos por ahora) parece haber superado estos conflictos explícitamente dogmáticos que sólo podían ser zanjados tanto por la intervención como por la autoridad doctrinal del clérigo.

Lo que hace que, sin ser más astuto ni más digno, ni finalmente más adulto que el fiel de antaño (basta para convencerse con ver la calidad de la doctrina que se le propone y de lo que se pretende realizar para estar a "su alcance"), el seglar cristiano ha llegado a ser, por razones perfectamente extrañas a toda idea de mérito, un elemento mucho más importante, por no decir decisivo, para la defensa del orden cristiano.

Sentido más agudo de deberes más pesados.

Pero ...

... (y éste será el tema de la segunda parte de esta exposición) ... esta promoción "a las primeras líneas", esta impor-

tancia mayor, quizá decisiva, del seglar en la defensa del orden cristiano, ¿es lo único que cambia, es lo único que puede cambiar en la relación que la tradición católica había establecido hasta ahora entre el seglar y el clérigo?

En otras palabras, esa promoción, este papel más importante, leáse decisivo, del seglar en las luchas actuales de la Iglesia ... ¿habrá transformado los lazos de autoridad y de subordinación que, hasta ahora, existían entre el sacerdote y el laico?

El hecho de ser promovido "a las líneas avanzadas", ¿dará ciertos nuevos derechos a los laicos, o hará perder a los clérigos algunos de sus antiguos derechos?

¡Absolutamente, no!

Esta promoción "a las líneas avanzadas", la consciencia del papel más importante que está llamado a desempeñar, no pueden traer al seglar más que un sentido más agudo de deberes más pesados.

¿Y quién ha podido pensar jamás que el hecho de que una tropa "avance" haya podido resultar para esta tropa un argumento de indisciplina o de insubmisión?

Solamente se puede admitir que la gravedad de la situación, que las exigencias del combate, autoricen un tono de mayor franqueza en las relaciones del soldado con sus jefes.

Lo que, en tal circunstancia, lejos de ser el signo de un desprecio a la jerarquía militar es una prueba de la solidaridad más estrecha que une superiores y subordinados en el único deseo de una común victoria.

* * *

Todas son cosas análogas a lo que nos queda por decir sobre los deberes y la libertad del laicado "en líneas avanzadas".

Deber más imperioso de mayor celo. Deber siempre igual de filial sumisión a lo que el clérigo tiene por misión divina ordenar al seglar.

Pero (frente al creciente peligro que amenaza con llevarse los vestigios de la civilización cristiana) mayor libertad, también al seglar, para decir aquello que la Iglesia le ha reconocido siempre el derecho a decirlo.

* * *

— Deber más imperioso, de mayor celo, deber siempre igual de filial sumisión, en lo que el clérigo tiene por misión pedir al seglar.

Por temporal que pueda ser el terreno, el combate que se le presenta hoy al seglar no es menos que antes el combate cotidiano. El de la defensa de la FE y de la vida cristiana.

Aun cuando bien pocos lo comprenden.

Y numerosos son los cristianos que siguen arreglando sus actividades como si esta defensa continuara así como antes, dimanante de la autoridad del clero o de las obras específicas del apostolado jerárquico.

¿Es posible que una piedad demasiado formal nos impida comprender que esta defensa de FE no es menos imperiosa por el pretexto de que opera temporalmente? Y... ¿que aplicarse a ella no es una de las regresiones que un alma con vida interior y sobrenatural debe siempre tener cuidado en evitar?

Porque deber del cristiano es sostener el combate que, con toda evidencia, la voluntad de Dios le imponga. El hecho de no perseguir al enemigo donde se halle es algo muy parecido a una deserción.

Deber por lo tanto de combatir al enemigo donde se oculta, particularmente hoy: ¡en la organización de la sociedad!

El hecho, para el seglar, de encontrarse más implicado, más interesado que el clérigo en esta clase de asunto no le dispensa de su deber de sumisión hacia aquellos que tienen por misión divina estar cerca de él: Los maestros espirituales, los maestros del Dogma, los maestros de la moral, tanto pública como privada.

“No se podría acusar a los clérigos más que de demasiada condescendencia para con nosotros —escribía ya Blanc de Saint Bonnet—. Porque es la caridad la que los guía hacia todas las regiones que pudieran sustraerse a su luz ... Tal es su aborrecimiento por lo que nos aleja de Dios.

“Estudiando, desde hace dos siglos, las ideas de nuestro espíritu con el fin de penetrar en su interior recurriendo, para hablarnos, al lenguaje que atraía la admiración de los hombres, los clérigos se han encontrado con nuestro punto de vista del mundo ... Desde este momento se ha preparado la gran catástrofe, pues se ha pasado por todos los lados, desde el punto de vista divino, al punto de vista del hombre.”

¡Tengámos, pues, muy piadoso deseo de la pureza, de la ortodoxia de nuestros sacerdotes!

Sabiéndose más complacientemente escuchados, más inteli-

gentemente comprendidos en lo que deben traernos, tendrán menos miedo de ser, cerca de nosotros, lo que son, lo que deben ser: representantes de Dios; testigos de lo absoluto, de lo inmutable; guardianes de la FE, de la doctrina, de la moral, mejor dicho, de todo lo que vale la pena sustraer a las dificultades de las discusiones humanas, de las ambiciones del mundo.

Lo cual bastaría para justificar la distinción de los dos poderes: espiritual y temporal.

Al que se inniscuye, en efecto, en los asuntos del siglo, los imperativos doctrinales pueden parecer embarazosos. Y es siempre insidioso el deseo de inflingir la doctrina al gusto de la acción prevista.

Para que los clérigos, cualesquieran que sean las circunstancias, puedan recordar, con la fuerza y el desinterés requerido, las reglas soberanas que el Estado mismo debe respetar, es normal que eviten internarse en este combate de lo temporal en el que no pueden más que perder, de aquello que les corresponde ser en el mundo, de aquello que constituye su superioridad esencial, de aquello que hace que les debemos sumisión y respeto filial.

“¿Qué es lo que los seglares esperan de nosotros?” —se preguntaba un día el P. Lagrange—. La respuesta es clara: —Si recurren a nosotros es para que les transmitamos la ciencia de los Santos, al menos la ciencia que hace cristianos, la verdad católica enseñada en la Iglesia.

“¿Nos exigirán una competencia ... en estos problemas de los cuales los especialistas buscan, todavía, la solución? ¡No! No es esto lo que el mundo quiere saber de nosotros. Buscamos la simpatía, no recogemos más que la irrisión. A un industrial sediento de la palabra de Dios le habláis de sus trabajos o de sus altos hornos. ¿Pensáis acaso que un literario estará felizmente sorprendido que hayáis leído su última novela? ¡No!, él y tantos otros juzgarán que habéis descarriado.

“... Sabed todo lo que se puede saber, nadie se opone. Pero subordinemos todo a la ciencia sagrada que nos reclama.”

Espiritual y temporal.

Tales son estas desagradables verdades que hay que decir, de las cuales reconocíamos más arriba que sólo por el hecho de estar “en las líneas avanzadas”, por la gravedad del peligro, por las rudas exigencias del combate, nos está permitido formularlas.

Porque estas llamadas de atribución, si no de competencia, la obligatoriedad de las cuales nos hallamos en el deber de decirse a alguien, aun muy amado, advirtiéndole que el ámbito de su autoridad propia se limita aquí, y que un poco más allá la tarea de decidir pertenece a otros ..., tales llamadas, tales obligaciones son siempre penosas.

Y se comprende la importancia que tiene para el seglar, como para el clérigo, no perder nunca el sentido exacto de los límites de sus respectivas competencias más específicas: LO ESPIRITUAL, en lo cual puede y debe ejercer soberanamente la autoridad el clérigo; y LO TEMPORAL, cuyo cuidado, organización y gobierno pertenecen al seglar.

¡No es que este poder temporal del seglar —lo cual se ha repetido ya bastante en el curso de este Congreso— sea plenamente autónomo! Puesto que debe estar subordinado al poder espiritual. Sino subordinado a este último en tanto que es como tal: guardián de los principios, maestro de la doctrina, de la moral, de la FE. De ninguna manera subordinado a un poder espiritual que se erigiera en rector, organizador, gobernador directo de lo temporal.

Como ha dicho Jean Madiran (7), si algunos hombres de Iglesia estiman poder rehusar su apoyo a la defensa de algunas patrias carnales ... "no pueden en absoluto, no pueden sin abuso, no pueden sin crimen disuadir a los ciudadanos de defender los humildes honores de las casas paternas", la libertad de la ciudad, el interés legítimo y la vida misma de la patria ...

"Además, las oportunidades de desaparición o de supervivencia de las fuerzas políticas, de las clases sociales, de los pueblos y de las civilizaciones son constantemente modificadas por la acción de los seglares. Y es su deber, su vocación, modificarlas, sin creerse aprisionados en el pronóstico especulativo que se haya podido hacer, aun con toda exactitud, en un momento dado.

"Por ejemplo, se puede formular, en tal momento, el pronóstico de que el comunismo tiene todas las probabilidades de ganar en un país o en un grupo de países. Delante de este pronóstico, hombres de la Iglesia pueden tomar las disposiciones o precauciones apostólicas que crean deber tomar. Son jueces y responsables de ellas ante Dios. Pero si, en

(7) *Itinéraires*, núm. 67, pág. 203.

función de este pronóstico estos hombres de la Iglesia emprenden además la tarea de persuadir al conjunto de los católicos que deben desolidarizarse de todo lo anticomunista temporal, ... entonces estos hombres de la Iglesia aseguran así positivamente la victoria del comunismo, desmovilizando, dispersando o paralizando la resistencia. Porque es precisamente cuando el comunismo tiene probabilidades objetivas de ganar en un país donde importa más combatir estas probabilidades, derribar este pronóstico especulativamente fundado, hacer historia en vez de sufrirla”.

Ciertamente, esto implica un combate, y precisamente este combate “en líneas avanzadas”, que, como hemos visto, constituye la gran promoción moderna del laicado.

Se adivina, a través de estas evocaciones, todo lo que una justa, una inteligente distinción del poder espiritual y del poder temporal es indispensable y quizá decisiva ...

— en interés del Santuario.

— en interés de la Ciudad.

Sólo esta distinción puede ofrecer al Apostolado, a la evangelización por un lado, a la acción cívica por otro lado, la libertad indispensable para sus misiones respectivas y complementarias.

Sólo ella puede permitirlo armoniosamente. Sin excesos o abandonos culpables en lo temporal. Sin pusilanimidad apostólica en lo espiritual.

Valga el ejemplo de San Francisco de Asís soñando con ganar para Cristo el “Miramolín” o gran sultán de entonces, y embarcándose en Ancona para Tierra Santa. ¿Piénsese acaso en que, para facilitar el éxito sicológico de su misión totalmente espiritual, hubiera pedido la retirada de aquellos que, en Oriente o el Mediterráneo, montaban la guardia para impedir que los herberiscos pillaran las costas cristianas?

Tal locura no pasó, sin duda alguna, por la imaginación de nadie, tal era el sentido que tenían en aquella época de los dos poderes: de dos poderes cristianos, independientes, complementarios, EN LA CIUDAD DE UN MISMO ESPÍRITU. Y los primeros franciscanos partieron para África del Norte, varios fueron martirizados, sin que sus destinos heroicos sirvieran de argumento para una minoración de la vigilancia reclamada a los poderes políticos encargados de defender al conjunto de personas y de bienes que constituían la “ciudad carnal”.

Todo esto parecía normal. Todo esto parecía en orden. ¡Era el orden!

No obstante, el hecho es que los herberiscos, revolviendo el bello mar y pillando nuestras costas, representaban para la vida cristiana un peligro más exterior, un mal menos profundo, menos omnipresente que el virus del ateísmo institucional, el virus de la despersonalización totalitaria proliferando en todos los tejidos del cuerpo social.

Y si, pues, los vigías de las viejas torres mediterráneas, si los marinos cristianos supieron permanecer, entonces, fieles a sus puestos, ¿es posible imaginar que nuestro deber de combatir sea menor en nosotros que tenemos no solamente que rechazar los ataques de un enemigo periférico, sino de vencer a la acción corrosiva de un espíritu revolucionario establecido dentro del corazón de nuestras ciudades?

Puesto que el advenimiento de nuestras democracias modernas atribuye al conjunto del laicado un papel de vigilancia y de iniciativa que los regímenes anteriores no le daban en tal grado, ¿no es, pues, razonable hacer de forma tal que el conjunto de los seglares cristianos tomen consciencia más viva, más activa, de este relevo en una vigilancia, una defensa temporales que sólo los seglares pueden asumir eficazmente. Por ser los únicos capaces de ocupar directamente, con todos los derechos, este terreno de las primerísimas líneas de la defensa cristiana.

Formas de combate adaptadas a estos diversos planos.

El sentido de estas diferencias de plan ¡es indispensable para cualquiera que se preocupe de una acción bien llevada! Y es una prueba de confusión de espíritu y de una falta de sentido práctico lastimosas imaginar que se puede llevar a cabo, bajo el signo de una misma organización, o según los mismos métodos, dos clases de acción ... de las cuales: una depende del poder de los seglares y la otra de la autoridad de los clérigos.

No se actúa, no se comporta uno de la misma manera según se esté en casa ajena o en la propia casa.

No se puede actuar, no se puede escribir, hablar, organizar, intervenir de la misma manera ... según se esté en un campo donde la autoridad pertenece, legítimamente, a otros o a uno mismo.

Y ... los organismos, el objeto y los límites de nuestras intervenciones, su orientación, su estilo, su tono, pueden y deben diferir ... según se mire una acción temporal —donde libertad, poder de decisión pertenecen a los seglares— o según se mire una

acción específicamente religiosa, litúrgica, etc. que depende de la autoridad sacerdotal.

Desconociendo esta distinción —confusión en la que algunos destacan— no se logrará más que desarrollar el confusionismo y crear situaciones sin salida.

El combate del laicado.

Si, pues ...

... esta promoción de los seculares, de la que cada cual habla a su modo, se debe simplemente al hecho de que el campo de sus actividades normales y de los intereses más directos del laicado, el objetivo número uno para lo sucesivo es luchar contra la subversión anticristiana: hace, pues, falta ... hace falta absolutamente ... que el laicado cristiano, como tal y en conjunto, llegue a comprender mejor tanto sus deberes como su poder.

Hace falta que se prepare, que se forme.

Hace falta, se podía leer en la mención final de nuestro Congreso del pasado año, hace falta que "el laicado cristiano sea consciente de sus responsabilidades, que se una, se organice, para ser capaz de ejercer el poder temporal que es el suyo".

Hay que establecer el poder temporal cristiano del laicado.

No es que esta fórmula sea una invitación a tomar, como vulgarmente se dice, el poder despreocupándose de todo lo demás.

"Si se trata del poder gubernamental —observa Jean Madiran— es muy dudoso que el laicado cristiano pueda, en tanto tal, tomar próximamente este poder en naciones que no se reconocían o que ya no se reconocen como cristianas. No es únicamente de esto de lo que se trata."

Se trata, para el laicado cristiano, no de tomar tal poder, que no lo tendrá en el presente, sino de ejercer este poder temporal que es el suyo. Poder que no tiene por qué tomar, puesto que ya lo tiene. Poder que se trata de ejercer, de dinamizar.

Poder demasiado vago para que pueda resolver concretamente los problemas políticos y sociales de cada día. Sino poder que debería, que podría ser como una reserva de fuerza común para todas las buenas empresas de los gobernantes de nuestras ciudades: mejor dicho el equivalente (al servicio del orden social cristiano) de lo que es, tan eficaz por desgracia, esa famosa

“consciencia universal” que no se preocupa y no se conmueve nunca más que a beneficio de la Revolución. Siendo él, el laicado cristiano, prácticamente inexistente, sin voz, neutralizado, dislocado, maniobrado por organismos políticos que los desprecian, lo utilizan o lo mantienen. Organismos que, aun cuando obtienen la adhesión del laicado cristiano, no defienden la décima parte de lo que debería pedirseles.

.....

En realidad, el poder temporal cristiano de los seculares parece inexistente porque en lo temporal ninguna fórmula de sincronización práctica, lo bastante manejable y general, le es ofrecida a este laicado.

El error, no obstante, sería completo si fuéramos a pensar en la organización de cualquier reunión gregaria, unitaria y groseramente aglutinante.

El laicado cristiano no es, no puede ser, reducido a la naturaleza, a la dimensión de un movimiento, por importante que éste sea.

Porque el laicado es, ante todo, el conjunto de los seculares cristianos omnipresentes en la ciudad. ¡Conjunto variado, si no contrastado al extremo! Miles de gentes encargadas de tareas diversas, ocupando puestos desiguales, con deberes diferentes, etc... La doctrina social de la Iglesia enseña que el buen orden, la perfecta salud de la ciudad, consisten precisamente en esta diversidad de funciones y de cargos, y que sería mutilar lo real (¡reemplazar las piernas por muletas!), violentar las buenas disposiciones de esta geografía social para imponer el establecimiento de una reunión artificial...

Un verdadero restablecimiento del poder temporal cristiano del laicado no puede ser más que a imagen de la realidad social misma. Debe, pues, respetar las condiciones de vida y de organización social de los seculares que viven en la ciudad.

Y si la necesidad de una acción unificadora no es menos evidente, importa que esta acción sea suave, que estorbe lo menos posible, que no suprima nada, que tonifique lo que existe, que ayude en vez de acaparar ... que se esfuerce en crear, en conservar un espíritu común, fundado en la única doctrina; que se dedique, en fin, a dar a todos las costumbres de acciones variadas, hábilmente complementarias.

Lo cual (ya se os ha dicho y me disculpo por insistir) es toda la ambición, todo el trabajo de “L’Office International des Oeuvres de formation civique et d’action doctrinale selon le Droit naturel et chrétien”.

¡Tarea inmensa!

Pero de la que uno no puede apartarse sin traicionar.

¡Nada de revuelta!

¡Nada de usurpación!

¡Nada de desorden!

Lejos de revelarnos contra una regla, es a la regla, es al orden de siempre a lo que procuramos seguir siendo fieles.

Orden y regla que el Concilio acaba de recordar. ¡Y con qué rigor!

No tenemos nada que pedir, nada que desear, más que lo que la Iglesia misma ha dicho siempre que necesitábamos, ¡nosotros los seglares!, desear y pedir.

No concebimos la libre iniciativa para nosotros más que en la medida y en el terreno en donde ELLA ha dicho siempre que interesaba que tomásemos esa iniciativa.

No somos de esos que parecen esperar de la Iglesia el permiso de no predicar ya más sus enseñanzas en su plenitud, el permiso de no obedecer más que con moderación, reservas, “a condición que ...”.

No somos de esos que creen no deber obediencia más que a una Iglesia tan “ideal” que semejante sumisión no se parece ya en nada a esa pertenencia de una persona viva a un cuerpo social visible y jerárquico.

No somos de esos seglares que, de la misma forma que los esbirros de Pax en Polonia, no invocan sus derechos de libre iniciativa en lo temporal más que para evacuar esa doctrina social de la Iglesia, de la que ha dicho Pío XII que nadie podía apartarse sin peligro para la FE y el orden moral.

Lejos de sacudir en cuanto ella sea la autoridad espiritual, intelectual, moral, prudencial de la Iglesia, somos incapaces de concebir, de amar, de servir, de aplicar, lo que sea, fuera de la referencia a esa fuente luminosa.

Siendo esta orden divina lo que nos une filialmente, indisolublemente, a los clérigos, ¿cómo podemos dudar de su poder?